

Lethierry pareció hacer memoria:

—Venga la carta, dijo.

Y la abrió.

Leyó lo siguiente:

«En alta mar, 10 de marzo.

»Mess Lethierry, de Saint-Sampson.

»Recibireis con placer noticias mías.

»Me hallo á bordo del *Tamaulipas*, caminando hácia Novolver. Hay en la tripulacion un marinero llamado Ahier-Tostevin, de Guernesey, que volverá y os contará algunas cosas. Me aprovecho del encuentro del buque *Hernan Cortés*, que va á Lisboa, para que esta carta llegue á vuestras manos.

»Asombraos. Soy hombre de bien.

»Tan hombre de bien como sieur Clubin.

»Debo creer que vos sabeis lo que me ha sucedido; sin embargo, no estará demás que yo os lo diga.

»Hélo aquí:

»Os he devuelto vuestros capitales.

»Os habia tomado prestados, un poco incorrectamente, 50,000 francos. Antes de salir de Saint-Malo, he entregado para vos á sieur Clubin, el hombre de vuestra confianza, tres billetes de banco de 1,000 libras cada uno, lo que forma un total de 75,000 francos. Este reembolso os parecerá sin duda suficiente.

»Sieur Clubin ha tomado vuestros intereses y recibido vuestro dinero con energía. Me ha parecido muy celoso, por cuyo motivo os lo advierto.

»El otro hombre de vuestra confianza,

»Rantaine.»

«*Posidata*. Sieur Clubin tenia un revolver, razón por la cual yo no tengo un recibo.»

Tocad un torpedo, tocad una botella de Leyde cargada, y espermentareis lo que espermentó mess Lethierry al leer la carta de Rantaine.

Debajo de aquel sobre, en aquel pliego de papel doblado que tan poco le llamó la atencion en el primer momento, habia una conmocion.

Reconoció la letra, reconoció la firma. Respecto del hecho, no pudo de pronto comprenderlo.

La conmocion fue tal que le levantó, si asi puede decirse, el espíritu.

El fenómeno de los 75,000 francos confiados por Rantaine á Clubin era el lado útil del sacudimiento, por lo mismo que, siendo un enigma, obligaba á trabajar al cerebro de Lethierry. Formar una conjetura, es para el pensamiento una ocupacion sana. El raciocinio se despierta, y se invoca la lógica.

Desde algun tiempo la opinion pública de Guernesey estaba ocupada en juzgar de nuevo á Clubin, el hombre honrado que por espacio de tantos años habia sido tan unánimemente admitido en la circulacion del general aprecio. Empezaba á haber interrogaciones, empezaban á suscitarse dudas, y hasta se hacian ya apuestas en pro y en contra. Se habian producido luces singulares. Clubin empezaba á aclararse, es decir, que se volvia negro.



Una informacion judicial se habia abierto en Saint-Malo para averiguar el paradero del guarda-costas 619.

La perspicacia legal habia equivocado el camino como sucede alguna vez. Habia partido del supuesto de que el guarda-costas debió ser enganchado por Zuela y haberse embarcado en el Tamaulipas para Chile. Esta hipótesis ingeniosa habia acarreado muchas aberraciones. La miopía de la justicia no habia siquiera divisado á Rantaine. Pero andando el tiempo, los magistrados instructores habian descubierto otros rastros. El oscuro negocio se habia complicado. Clubin habia hecho su entrada en el enigma. Se habia establecido una coincidencia, una relacion tal vez, entre la partida del Tamaulipas y la pérdida de la Duranda. En el figon de la puerta Dinan, donde Clubin creia no ser conocido, se le habia reconocido perfectamente; el tabernero habia hablado; Clubin habia comprado una botella de aguardiente. ¿Para quién? El armero de la calle Saint-Vincent habia hablado; Clubin habia comprado un revolver. ¿Contra quién? El posadero de la Venta Jean habia hablado; á Clubin se le habia echado de menos. El capitán Gertrai-Gaboureau habia hablado; Clubin se empeñó en partir no obstante todas las advertencias, y sabiendo que iba á tropezar con la niebla. La tripulacion de la Duranda habia hablado. De hecho, habia faltado el cargamento y se habia hecho mal la estiva, negligencia que se comprende bien si el capitán queria perder el buque.

El pasajero de Guernesey habia hablado; Clubin habia creído naufragar en los Hanois.

Las gentes de Torteval habian hablado; Clubin habia estado allí algunos dias antes de perderse la Duranda, y se habia paseado junto á Plainmont cerca de los Hanois. Llevaba una maleta. «Habia partido con ella, y vuelto sin ella.» Los alcanzados habian hablado; habia parecido que su historia podia referirse á la desaparicion de Clubin, sin mas condicion que la de reemplazar los aparecidos con contrabandistas.

Habia, en fin, hallado la misma casa hechizada de Plainmont; gentes decididas á proveerse de datos la habian escalado, y ¿qué habian hallado dentro? precisamente la maleta de Clubin.

El resguardo de Torteval se habia apoderado de la maleta, y la habia hecho abrir. Contenia provisiones de boca, un antejo de larga vista, un cronómetro, trajes de hombre y ropa blanca con las iniciales de Clubin.

Con todo lo dicho, en las conversaciones de Saint-Malo y de Guernesey, hacia cada cual su composicion de lugar, y se formaba una especie de baratijo.

Se acercaban unos á otros lineamentos confusos; se comprobaba el singular desprecio á todas las advertencias, una aceptacion de los peligros de la niebla, una negligencia sospechosa en la estiva, una botella de aguardiente, un timonel ébrio, una sustitucion del capitán al timonel, y un movimiento del timon por lo menos muy torpe.

El heroismo de permanecer en el buque naufrago iba pareciendo una gatada, una bribonada. Se convenia en que Clubin habia equivocado el escollo.



Admitida la intencion de barar, se comprendia que hubiese escogido los Hanois, desde donde era fácil ganar á nado la costa, y aguardar en la casa hechizada la ocasion de evadirse.

La maleta completaba la demostracion. Con qué lazo esta aventura se unia á la otra aventura, á la del guarda-costas, se ignoraba completamente.

Se adivinaba una correlacion. y nada mas. Se entreveia, respecto del guarda-costas número 619, todo un drama trágico.

Clubin tal vez no representaba en él papel alguno, pero se le veia entre bastidores.

No todo se explicaba por el fraude en la derrota de la Duranda.

Habia un revolver de que no se habia hecho uso, y que se referia probablemente á algun otro negocio.

El olfato del pueblo es fino y justo.

El instinto público sobresale en esas restauraciones de la verdad formadas de piezas y retazos.

Pero en los hechos de que se desprendia un fraude verosímil, habia serias incertidumbres.

Todo estaba cogido, todo concordaba; pero faltaba la base.

No se pierde un buque por el mero capricho de perderlo. No se corren todos los riesgos de la niebla, del escollo, de la natacion, del refugio y de la fuga, sin un interés. ¿Cuál podia haber sido el interés de Clubin?

Se veia su acto, no se veia su motivo.

De ahí una duda en los ánimos. Donde no hay motivo parece que no puede haber acto.

El vacío era grande.

La carta de Rantaine llenaba este vacío.

La carta de Rantaine daba el motivo de Clubin. Tratábase de robar 75,000 francos.

Rantaine era el Dios en la máquina. Bajaba de la nube con una luz en la mano.

Su carta era el rayo de claridad final.

Lo explicaba todo, y anunciaba además un testigo, Ahier-Tostevin.

¡Cosa decisiva! explicaba el uso del revolver. Era incontestable que Rantaine se hallaba perfectamente informado. Su carta hacia tocarlo todo con el dedo.

Nada habia que pudiese alcanzar la maldad de Clubin. Habia premeditado el naufragio como lo probaba la maleta llevada á la casa hechizada. Y aun suponiéndole inocente, aun admitiendo el naufragio fortuito, ¿no debió en el último momento, resuelto como estaba á morir en el buque náufrago, entregar para mess Lethierry los 75,000 francos á los hombres que se salvaban en la lancha? Habia evidencia. ¿Y cuál habia sido el paradero de Clubin? Probablemente habia sido víctima de su error. Habia sin duda perecido en el escollo Douvres.

Esa andamiada de conjeturas, muy conformes, como se ve, con la realidad, ocupó por espacio de muchos dias el espíritu de mess Lethierry. La carta de Rantaine le prestó el servicio de obligarle á pensar. Tuvo un primer



sacudimiento de sorpresa, y luego hizo un esfuerzo para reflexionar. Y otro esfuerzo hizo aun mas difícil; procuró informarse. Tuvo que aceptar y hasta que buscar conversaciones. Al cabo de ocho dias, habia vuelto á ser hasta cierto punto un hombre práctico; su espíritu habia recobrado la habitual adherencia de otro tiempo, y estaba casi curado. Habia salido del estado turbio.

Admitiendo que mess Lethierry hubiese podido alimentar alguna esperanza de reembolso, la carta de Rantaine la desvanecia completamente.

La carta de Rantaine añadió á la catástrofe de la Duranda el nuevo naufragio de 75,000 francos. Le hizo conocer el paradero de cantidad tan considerable, lo suficiente para hacerle lamentar su pérdida. La carta de Rantaine le mostró el fondo de su ruina.

De ahí un dolor nuevo y muy agudo, que acabamos de indicar. Empezó, lo que no habia hecho en dos meses, á preocuparse de su casa, de su porvenir, de las reformas y economías que tenia que adoptar. ¡Pequeña desazon de mil puntas, peor casi que la desesperación! Esperimentar la desgracia en sus mas insignificantes pormenores, disputar palmo á palmo al hecho realizado el terreno que acaba de ganar, es odioso. El peñasco de la desgracia que abruma, se acepta, no su polvo. El conjunto agobia, lo circunstanciado tortura. La catástrofe hiere como un rayo, pero sus pormenores incomodan.

Los pormenores son la humillacion que agrava el aplastamiento. Son una segunda anulacion, muy repug-

nante, que se añade á la primera. Se baja de un salto á la nada. Despues del sudario, los girones de este sudario mismo. ¡Tratar de reducirse! No hay mas triste pensamiento.

Quedar arruinado, parece cosa sensible. Golpe violento; brutalidad de la suerte; es la catástrofe una vez por todas. Sea. Se la acepta. Todo está concluido. El hombre queda arruinado. Bueno, es como si hubiera muerto. Pero no; vive, y al dia siguiente lo nota. ¿Qué se lo hace notar? Algunos alfilerazos. Tal transeunte, que antes os saludaba, no os saluda; llueven las facturas de los comerciantes; hay uno de vuestros enemigos que rie. Le hace tal vez reir el último chiste de Arnal, pero es lo mismo, el chiste no le parece tan gracioso sino porque vos estais arruinado. Leeis vuestra decadencia hasta en las miradas indiferentes; los que se sientan á vuestra mesa encuentran que tres platos son demasiado; vuestros defectos saltan á los ojos de todo el mundo; las ingratitudes, no esperando ya nada, se manifiestan completamente; todos los imbéciles han previsto lo que os sucede; los malvados os destrozan, los peores os compadecen. Y luego cien circunstancias mezquinas. La náusea sucede á las lágrimas. Bebáis vino, bebereis sidra. ¡Dos criadas! Sobra con una. Es menester despedir una de ellas, y hacer trabajar mas á la otra. Hay en el jardin demasiadas flores; plantad patatas. Vended en el mercado la fruta que dábais á los amigos. En cuanto á los pobres, no hay que pensar en ellos, siendo vos pobre tambien. ¡La compostura! ¡cuestion grave! Quitar una cinta á una mu-



¡Negar el adorno á quien os da la belleza! ¡Parecer un avaro! Ella acaso os diga:—¡Cómo! ¡habéis quitado las flores de mi jardín, y vais á quitarlas también de mi sombrero!—¡Ay! ¡condenarla á llevar vestidos raídos! La mesa de familia es silenciosa. Os figurais que alrededor vuestro se murmura. Los semblantes amados están recelosos. Hé aquí lo que es decaer. Es volver á morir todos los dias. Caer no es nada, es la fragua. Decaer es consumirse á fuego lento.

La caída es Waterloo; la decadencia es Santa Helena. La suerte, encarnada en Wellington, tiene alguna dignidad; pero cuando se hace Hudson Lowe, ¡qué villanía! El destino se vuelve estúpido. Se ve al hombre de Campo-Formio regateando un par de medias de seda. Empequeñecimiento de Napoleon que empequeñece á Inglaterra.

¡Waterloo y Santa Helena! Todo hombre arruinado ha atravesado estas dos fases, reducidas á proporciones vulgares.

En la noche que hemos ya indicado, que era una de las primeras de mayo, Lethierry, dejando á Deruchette paseando en el jardín á la claridad de la luna, se habia acostado mas triste que nunca.

Todos esos pormenores mezquinos y enfadosos, complicaciones de las fortunas perdidas, todas esas preocupaciones de tercer orden, que empiezan por ser insípidas y acaban por ser lúgubres, bullian en su espíritu. ¡Tosco cúmulo de miserias! Mess Lethierry comprendia que su caída era irremediable. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué iba á ser de él? ¿Qué sacri-

ficios tendria que imponer á Deruchette? ¿A quién despediria, á Dulce ó á Gracia? ¿Venderia los Bravées? ¿No se veria reducido á abandonar la isla? No ser nada, donde se ha sido todo, es en efecto una decadencia insoportable.

¡Y decir que todo habia concluido! ¡Recordar aquellas travesías que enlazaban Francia con el archipiélago, aquellos martes de partida, aquellos viernes de regreso, aquella multitud en el malecon, aquellos grandes cargamentos, aquella industria, aquella prosperidad, aquella navegacion directa y altiva, aquella máquina en que el hombre ponía su voluntad, aquella caldera omnipotente, aquel humo, aquella realidad! El buque de vapor es la brújula completa; la brújula indica el camino recto, el vapor lo sigue. Aquella propone, ésta ejecuta. ¿Dónde estaba su Duranda, aquella magnífica y soberana Duranda, aquella señora del mar, aquella reina que le hacia rey? Haber sido en su país el hombre idea, el hombre éxito, el hombre revolucion! ¡Y renunciar á todo! ¡abdicar! ¡no ser ya! ¡hacer reir! ¡Ser un saco en que hubo alguna cosa! ¡Ser el pasado cuando se ha sido el porvenir! ¡escitar la orgullosa compasion de los idiotas! ¡ver triunfar la rutina, la terquedad, el carril, el egoismo, la ignorancia! ¡ver cómo vuelven á empezar bestialmente las idas y venidas de buques góticos traqueados por las olas! ¡ver la chochez rejuvenecida! ¡haber perdido toda su vida! ¡haber sido la luz y sufrir el eclipse! ¡Ay! ¡cuán hermosa era sobre las olas aquella chimenea altiva, aquel prodigioso cilindro, aquel pilar con capitel de humo, aquella columna mayor que la



Vendome, porque sobre la una no hay mas que un hombre y sobre la otra habia el progreso! El Océano estaba debajo. Era la certeza en plena mar. ¿Y esto se habia visto en aquella pequeña isla, en aquel pequeño puerto, en aquel pequeño Saint-Sampson? ¡Sí, se habia visto! ¡Cómo! ¡se habia visto, y no se volverá á ver ya!

Tal era la obsesion de dolor que torturaba á Lethierry.

Hay sollozos del pensamiento. No habia tal vez sentido jamás tan amargamente su pérdida. Cierta embotamiento sucedió á tan agudas sensaciones. Se amodorró bajo la pesadumbre de su tristeza.

Permaneció próximamente dos horas con los párpados cerrados, durmiendo poco, soñando mucho, calenturiento. Estos entorpecimientos encubren un oscuro trabajo del cerebro, muy fatigoso. A cosa de media noche, poco antes ó poco despues, sacudió su letargo. Se despertó, abrió los ojos, y como su ventana estaba pegada á su hamaca, vió un espectáculo extraordinario.

Habia delante de su ventana una forma, una forma inaudita, la chimenea de un buque de vapor. Mess Lethierry se incorporó súbitamente. La hamaca osciló como en los balances de una tempestad. Lethierry miró. Habia en la ventana una vision. El puerto lleno de claridad de luna se encerraba como en un marco en los cristales de la ventana, y en medio de aquella claridad, muy cerca de la casa, se destacaba, recta, redonda y negra, una silueta soberbia.

Allí habia el tubo de una máquina.

Lethierry saltó de su hamaca, corrió á la ventana, se

asomó, y reconoció la chimenea. Tenia delante la chimenea de la Duranda. Se hallaba en su sitio acostumbrado.

Sus cuatro cadenas la tenian sujeta á la orla de un buque, en el cual, debajo de ella, se distinguía una mole que tenia un contorno complicado.

Lethierry retrocedió, volvió la espalda á la ventana, y se dejó caer sentado en la hamaca.

Se volvió, y percibió de nuevo la vision.

Un momento despues, un momento insuficiente para la luz de un relámpago, se hallaba en el malecon con un farol en la mano.

Se hallaba amarrada á la antigua argolla de la Duranda una barca que un poco hácia popa llevaba una mole maciza de que salia la chimenea enhiesta delante de la ventana de los Bravées. La proa de la barca se prolongaba, al nivel del malecon, fuera del esquinazo de la pared de la casa.

No habia nadie en la barca.

Era una barca de una forma tal, que todo Guernesey hubiera podido dar una descripcion exacta de ella. Era la panza.

Lethierry saltó á bordo de la barca. Corrió hácia la mole que veía al otro lado del mástil. Era la máquina.

Allí estaba, íntegra, completa, intacta, sentada en cuadro sobre su plancha de fundicion, la caldera con todos sus tabiques; el árbol de las ruedas estaba enhiesto y amarrado cerca de la caldera, la bomba ocupaba su lugar correspondiente; nada faltaba.